

DISCURSO PATRIOTICO

PRONUNCIADO EN LA

ALAMEDA DE PUEBLA

EL DIA

27 DE SETIEMBRE

DE 1859,

POR EL SR.

CORONEL D. RAFAEL B.

DE LA COLINA

PUEBLA 1859

COLECCION DE DISCURSOS PATRIOTICOS  
JORGE DENEGRÉ VAUGHT PEÑA

CONSUMACION DE LA  
INDEPENDENCIA.



# DISCURSO PATRIÓTICO

PRONUNCIADO EN LA

# ALAMEDA DE PUEBLA

EL DÍA

27 DE SETIEMBRE

DE 1859,

POR EL SR.

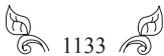
**Coronel D. Rafael D. de la Colina.**



**PUEBLA.**

IMPRESA EN EL COLEGIO INDUSTRIAL,  
CALLE DE SAN MARCOS NUM. 2.

**1859.**





---

Os recomiendo el amor á la pátria y  
la observancia de nuestra santa religion.

ITURBIDE, LIBERTADOR DE MEXICO.

---

SEÑORES:

**T**odos los pueblos de la tierra celebran con júbilo el día destinado al aniversario de su nacimiento político, de su sér social; y ese aniversario es tanto mas caro y alhagüño, cuanto que el recuerdo dulcísimo de aquellos días que pasaron para caer sin ruido en el mar de la eternidad, viene siempre á nuestra imaginacion, impregnado de la alegría y pureza de la infancia, de esos perfumes balsámicos de inocencia y ventura con que las naciones nuevas aparecen ante el congreso de sus hermanas, ocupando entre ellas el asiento que el cielo les tiene preparado. Y si tan dulce es en el seno de la familia el día

—4—

consagrado á la memoria del natalicio de uno de sus individuos; ¿cuánto no será dulce y grato para nosotros este día todo de la pátria, este día de tan tiernos recuerdos, de glorias tan imperecederas, de laureles tan inmarcesibles y de tantas y tan bellas esperanzas para nuestros padres? ¡Cómo no celebrar, señores, el día veintisiete de Setiembre de 1821, en que México, victorioso y feliz, grande y heróico, se presenta ante los demás pueblos del mundo, rompiendo sus cadenas de esclavo, proclamando su independencia y soberanía é inscribiendo su nombre con orgullo en el catálogo de las naciones?

Tal es, señores, el objeto que nos ha reunido hoy en este lugar; y á Dios pluguiese que mi débil voz, potente y armoniosa ahora, llevara del uno al otro extremo de la tierra el eco de nuestras glorias, el nombre de nuestros héroes: á Dios pluguiese que mis palabras fueran en este día un himno entusiasta de triunfo, un canto sublime de santa gratitud, como aquellos en que prorrumpla el Profeta—rey en ocasiones semejantes. Pero, señores, ni á mí me fuera dado elevarme á tanta altura, ni á una sociedad ¡ay! moribunda y desgarrada convienen otros cantos que los tristes de Jeremias, los lamentos de amargura y dolor con que ese lúgubre Profeta lloraba inconsolable las desgracias de su pueblo.

Superior es á mis fuerzas la empresa que se me confía; y tanto mas difícil el que dé cumplido lleno á la comision con que se me ha honrado, cuanto que son por demás angustiosas las circunstancias en que la República se en-

cuenta, herida de muerte por los crímenes de sus hijos amenazada su independencia por un extraño ambicioso y siendo el ludibrio, el escándalo y la burla de casi todas las naciones. Trataré no obstante de cumplir mi delicado encargo; y aunque tal vez mis palabras vayan á perderse entre la atronadora grito de las frenéticas pasiones de partido, procuraré traer á vuestra memoria el recuerdo de los primeros y placenteros dias de nuestra existencia política, investigaré las causas de nuestras presentes desgracias y os propondré la aplicacion del único remedio posible, del solo bálsamo de bendicion y consuelo que llegará á calmar los males horribles que nos aquejan. ¡Ojalá, señores, que los que hoy nos hemos reunido en este sitio para celebrar las glorias de la pátria, no tengamos que reunirnos algun dia en una tierra extranjera, para llorar la ruina de la República, como lloraron en otro tiempo los israelitas la esclavitud de Sion, cuando sollozando y presos pasaron los rios de Babilonia, mezclando sus lágrimas ardientes con las frias ondas del Eufrates!

Bella como la esperanza y mas risueña que la esposa en el dia nupcial, se presentó la opulenta reyna de occidente el veintisiete de Setiembre de 1821. México iba á recibir en su seno al hijo querido de la victoria, á su libertador heróico, al generalísimo Agustin de Iturbide, que en siete meses habia consumado felizmente la grande obra comenzada en Dolores, once años ántes, por el humilde sacerdote Miguel Hidalgo y Costilla.

Si entre vosotros hay algunos que hayan presenciado la entrada del ejército trigarante en la capital de la Re-

--6--

pública; si entre vosotros laten algunos corazones que hayan saludado á la patria en el dia grande de México, en el dia en que se ostentaba libre por la primera vez ante las demas naciones de la tierra, en el dia en que depuesto el ceño altivo del guerrero, ornaba aún su espaciosa frente con los frescos laureles del combate; si hay aquí alguno de los valientes que contribuyeron con su denuedo y bizarría, con su sangre y sus trabajos á la consumacion de la obra santa de nuestra independencia querida; cada uno de esos afortunados mejicanos cuéntenos, con el entusiasmo ardiente de aquellos dichosos tiempos, las mil escenas de felicidad de que entonces fué testigo: díganos cómo nuestros padres, con la sonrisa en los labios, la fé y la esperanza en el alma y la mas colmada ventura en el corazon, se lanzaban reverentes y gozosos á contemplar al inmortal autor del plan de Iguala, al sábio político que despedazaba en aquellos momentos las cadenas que unian al nuevo con el antiguo mundo, al intrépido guerrero que elevaba á la patria desde el humilde estado de esclava, hasta el noble y digno de independiente y señora. ¡Veintisiete de Setiembre de mil ochocientos veintiano, yo te saludo, reconocido como los tristes cautivos de Babilonia saludaron el dia venturoso, en que tornaron á ver la ciudad querida de David y el templo santo de Jehová; como saluda el hijo á la madre, como el esclavo saluda á la libertad el dia en que rompe sus cadenas!

Conquistada felizmente nuestra independencia, México entró desde luego en una via desconocida para ella; y ansiosa de adelantos sociales y fascinada con las teoría

—7—

de progreso que, como un asolador torrente, invadieron entonces casi todas las inteligencias, los principios que adoptó para la marcha de la nacion, fueron: *destruir todo lo antiguo, ensayar todo lo nuevo*. Y no es extraño, señores, que así sucediese; porque si bien en Europa se habia consumado ó estaba ya al consumarse la saludable reaccion que se efectuaba en los espíritus contra las doctrinas disolventes, inmorales é impías, con que los falsos filósofos del siglo XVIII trantornaron á la sociedad hasta en sus cimientos; en México, en donde ya por la dificultad que antes habia de adquirir las venenosas producciones de los Montesquieu, los Rousseau y los Voltaire, ya por que los mejicanos no se ocuparan, durante la prolongada y sangrienta lucha de la insurreccion, sino en los sucesos de la guerra, que mas inmediatamente les afectaban; en México, digo, no comenzaron á leerse las obras de esos grandes á la par que fatales ingenios, sino hasta que se cosumó nuestra emancipacion política.

Ávidos de saber nuestros hombres públicos y sedientas sus almas de la nueva doctrina, apuraron hasta las heces la copa de oro con que aquellos escritores les brindaban; y corrompiendo su corazon y viciando su entendimiento, prepararon á la patria las abominaciones presentes, los escándalos de la mas desenfrenada licencia, que en vano se han querido escusar por la mas atrevida impiedad.

Los corazones corrompidos y los entendimientos viciados son siempre ingratos, señores; así es que el trono á que habia sido ensalzado el héroe de Iguala, cae convirti-

—8—

dò en escombros á impulsos de los republicanos, é Iturbide, el libertador de México, el padre de la patria, tiene que ir á regar con sus lágrimas una tierra estraña, para venir despues á regar con su sangre la que le vió nacer.... ¡Junto del trono el patíbulo, cerca del Tabor el Calvário!

Poco antes de consumarse el horrible parricidio, Iturbide dirige á sus verdugos, con clara y firme voz, estas notables palabras: “Mejicanos: en el acto mismo de mi „muerte, os recomiendo el amor á la patria y la observancia „de nuestra santa religion: ella es quien os ha de conducir á la gloria. Muero por haber venido á ayudaros, y „muero gustoso, porque muero entre vosotros.” Su cuerpo cayó despues exánime y sangriento, su noble espíritu voló al seno de Dios, y la sangre héroica que regó la tierra, salpicó nuestras frentes é imprimió en ellas la marca de un terrible anatema!

No sin rubor podemos ¡ay! fijar la vista en los años transcurridos desde el dia nefasto en que la sangre de Iturbide cayó sobre nosotros y sobre nuestros padres: años de revueltas, de delitos é impiedad con que hemos escandalizado á la tierra y provocado la cólera del cielo. Y no podia ser de otra manera, señores; porque habiamos iniciado nuestra ecsistencia política con un gran crimen, y era necesaria tambien una solemne espiacion!

Roto ya el freno de toda autoridad, destruidos los hábitos de subordinacion y de obediencia, sin los que la sociedad es una quimera, ¿qué ha sido entre nosotros el poder desde entonces, sino un fantasma irrisório? Y esto,

—9—

señores, cuando para colmo de nuestra desgracia, no han regido los destinos del país gobernantes sin honra, que rompiendo los vínculos que unen al hombre con Dios, al cielo con la tierra y abandonando al pueblo á sus propios instintos y á las sugeriones perversas de escritores sin conciencia, lo han entregado á los desórdenes vergonzosos de sus pasiones, azuzándolo para el crimen, al grito impío de: ¡“el pueblo es Dios! ¡el robo la libertad.”!

“*Suprimid*, ha dicho uno de los mas cínicos escritores „de la demagogia, [1] *suprimid la virtud, y no lleveis otro „incienso mas que el delito al altar de la libertad. Precísa- „mente lo que los imbéciles llaman delito, es lo que debe rei- „nar. Nosotros lo lavaremos en la sangre de los pápas, de „los reyes, de los obispos, de los sacerdotes y de todos los que „aman la virtud. Si no hacemos morir al menos dos millo- „nes de retrógrados, no podremos reconstruir un nuevo „mundo feliz.”* ¡Blasfemia horrible, señores! Blasfemia que escuchó horrorizada la Europa, durante las bacanales inmundas de que fué víctima Francia en 1793, y que hoy ha hallado, para nuestra vergüenza, un eco fatal en la tierra privilegiada por Dios. ¿Y hasta dónde han arrastrado á las naciones doctrinas tan disolventes, principios tan inmorales, delirios tan espantosos? Dirijid, señores, la vista del uno al otro extremo de la república, de oriente á occidente, del mediodía al norte; y ruinas y desolacion, y lágrimas y sangre, y delitos y profanaciones; los altares derribados, asesinados los sacerdotes, las creencias santas

---

(1) Camilo Desmoulins.

y verdaderas de nuestros mayores calificadas de fanatismo y de tiranía la autoridad; la disolución social, el caos... tal es el cuadro aterrador que, en toda su repugnante deformidad, se presentará á vuestros ojos; tales los frutos, señores, que hemos recogido de aquellas semillas funestas de incredulidad y libertinage!

Ni la virtud ni la gloria han sido reverenciadas en medio del torbellino revolucionario que nos conduce al abismo; porque “la demagogia, como ha dicho muy bien un filósofo profundo de nuestros días, [1] ni respeta la virtud, esa gloria del cielo, ni la gloria, esa virtud de las naciones: la demagogia que atacando todos los dogmas religiosos, se ha puesto fuera de toda religion; que atacando todas las leyes humanas y divinas, se ha puesto fuera de toda ley; que atacando simultaneamente á todas las naciones, no tiene patria; que atacando todos los instintos morales de los hombres, se ha puesto fuera del género humano. La demagogia es una negacion absoluta: la negacion del gobierno en el órden político: la negacion de la familia en el órden doméstico, la negacion de la propiedad en el órden económico, la negacion de Dios en el órden religioso, la negacion del bien en el órden moral. La demagogia no es un mal, es el mal por excelencia: no es un error, es el error absoluto: no es un crimen cualquiera, es el crimen en su acepcion mas terrífica y mas lata. Enemiga irreconciliable del género humano, y habiendo venido á las manos con él en la mas grande batalla que han

---

(1) El Sr. D. Juan Donoso Cortés, Marques de Valdegamas.

## —11—

visto los hombres y que han presenciado los siglos, el fin de su lucha gigantesca será su propio fin ó el fin de los tiempos.”

Y sin embargo, señores; esa demagogia que el elocuente Sr. Cortés nos ha pintado con sus mas vivos y propios colores; esa demagogia que ha llevado la desolacion y las lágrimas á donde quiera que ha estampado su inmunda planta; esa demagogia, enemiga irreconciliable de la Divinidad y del hombre, de la sociedad y del gobierno, se ostenta triunfante en Veracruz y en Oajaca, en Monterey y en Zacatecas, en Morelia y en el Potosí, recibiendo adoraciones é inciensos que se niegan á Dios, ella que ha derribado los altares; revistiéndose con el ropage de la legalidad, ella que no reconoce ley, y prometiendo falaz é impudente la felicidad á la república, la libertad á nuestro pueblo y la igualdad y la fraternidad á los que sueñan en la continua perfectibilidad humana, ella, señores, ¿que es la negacion de todo bien, el origen de todo error, y semillero fecundo del despotismo mas execrable, de la dictadura mas vergonzosa: ¡el despotismo de los tribunos! ¡la dictadura del puñal!

Si la observancia de nuestra santa religion, que tanto nos recomendó Iturbide en la hora solemne de su sacrificio, debia conducir á México á la felicidad y á la gloria; ¿á qué extrañar, señores, que la impiedad y el libertinage hayan traído á la patria al estado de postracion y de agonía en que se encuentra? Nuestra república está herida de muerte, y morirá porque no es creyente; porque el catolicismo es la vida, y nosotros hemos renegado del cato-

licismo; porque los principios conservadores de la sociedad son esencialmente religiosos, y nosotros nos preciamos de ser altamente ateos. El pueblo mejicano es infeliz y solo ha cosechado pesares y recogido desventuras, porque ese pueblo de costumbres purísimas y de cristianas virtudes en tiempos mas dichosos, no es ya en los tristísimos que atravesamos, ni morigerado ni virtuoso; porque en medio del naufragio universal de todas las creencias é ideas, de todas las tradiciones y costumbres, se le ha hecho entrever una felicidad quimérica, una libertad mentida; y ese pueblo, señores, se ha postrado ante el *ídolo deslumbrador de gorro frigio*, que se ha atrevido á desafiar al mismo cielo, y cuya asquerosa y deleznable planta se asienta en un negro abismo que no han sido parte á cegar, ni las lágrimas y sangre de las víctimas, ni las cenizas y escombros amontonados por los adoradores.

El principio religioso és, sin ningun género de duda, la base principal y el fundamento mas sólido de las sociedades: no son las teorías seductoras de progreso, ni las utópias irrealizables de adelanto social las que guian á las naciones á feliz puerto, en medio de las tempestades políticas en que zozobran. Inculquemos, señores, las máximas santas de nuestra religion en los tiernos corazones de nuestros hijos; recomendémosles el estudio, no de los mentidos filósofos cuyas doctrinas han viciado nuestras enfermizas inteligencias, sino el de la humilde ciencia cristiana, cuyas saludables máximas y principios de eterna verdad, han sido el lábaro glorioso, á cuya sombra benéfica crecieron florecientes y se conservan poderosas la Francia

de los Luises y Clodoveos, la España de los Fernandos y Pelayos. Esos pueblos tambien han pasado por el crisol terrible de la prueba, han sentido tambien el vértigo de muerte que precede á la disolucion social y el estremecimiento horrible de la última agonía, y esos pueblos, señores, se han salvado por que han creído. Vuelva la fé divina de nuestros mayores á vivificar nuestros heridos corazones, y México tornará á la existencia y cumplirá la misión providencial á que está llamado en nuestro continente.

No és la libertad mentida de los demagogos, cuyo ropage asqueroso y tinto en sangre hemos empapado con nuestras lágrimas; no és esa bacante furiosa, cuyo altar ha sido la guillotina y sus dignos sacerdotes los Marat y los Robespierre, la que labra el bienestar de las sociedades conduciéndolas al heroísmo y á la gloria; obra tan grandiosa se halla encomendada por el cielo á la libertad cristiana, á esa vírgen pura, de veste cándida y refulgente con la luz de la caridad, que así sirve de fanal á las inteligencias humanas en las vicisitudes y tempestades de la vida, como de bálsamo de bendición y consuelo á las sociedades desgarradas y agonizantes.

Jamás olvidemos, señores, las últimas y solemnes palabras del nunca bien llorado Agustin de Iturbide: "*ós recomiendo el amor á la patria y la observancia de nuestra santa religion.*" Este precepto del hombre que caminaba á la muerte, este legado de amor que el mártir santo ha hecho á sus hijos desgraciados, debe ser mas respetable para los mexicanos, que los principios irreligiosos y las

—14—

doctrinas perversas con que han envenenado á nuestra desventurada sociedad, los que, preciándose de liberales, la han oprimido hasta en las conciencias, los que, haciendo alarde de un mentido patriotismo, no han vacilado en apelar al auxilio de viles aventureros, para consumir, los infames su traicion, la demagogia su afrenta.

México, la opulenta señora [de occidente, la vírgen hermosa que hace treinta y ocho años recibió regocijada en su seno á su heróico y denodado libertador, hoy desgarrada su régia vestidura, ajado su semblante bello, llorosa y ya prócsima á la muerte, vuelve sus apagados ojos en todas direcciones y reclama de sus hijos el consuelo deseado á sus pesares, el bálsamo saludable á sus heridas.... Volemos, Señores, en su auxilio; y así Dios nos depare en el combate un verde laurel con que refrescar nuestras sienes, y un renombre glorioso que legar á nuestros hijos!—DIJE.

